

Presentación de Conjuro del espejo en Buenos Aires, 8 de julio de 2003

por Laura Yasan

Cuando hace unos días Iliana Godoy llegó a Buenos Aires y oí su voz en el teléfono pude corporizar una sensación, la diferencia entre leer una voz y escucharla. La voz de una mujer mexicana, una suerte de oleaje musical, llena de soniditos y marimbas y giros extranjeros para mí, sonaba en ese momento en mi oreja, pero antes, cuando había leído sus poemas dentro de mi propio silencio, cuando ahora los leo, someto su poética a mi propia respiración, la adapto a mi acento, a mis declinaciones, a mi tonada local, quiero decir, los poemas de Iliana caben en cualquier boca sin crispase, aun sin referencias, pueden subirse a las diversas velocidades y a las diversas modulacones del español sin perder parte de sí:

Conjuro del espejo
es interregno
es contralianza
es mástil en tierra
invicta carne
derrumbe del fuego
seducir a la muerte
sonetos y claustros
poemas chamánicos
furias del polvo
es secreter
coral negro
el libro de los espejos

¿es un poema lo que acabo de leer? no, son los doce títulos de los libros que contiene Conjuro del espejo, uno tras otro, creando su propia e independiente poética, exponiendo las partes de su cuerpo antes fragmentado y ahora reunido en una nueva unidad. Sabrá el

mar, repetido en las infinitas gamas, sonidos y colores de las imágenes de este libro, que imán obsesivo lo sujeta a sus olas, a sus hojas. El mar, un hilo de agua que hilvana estos doce libros, su oleaje en diferentes representaciones, su espuma blanda o violenta sobre las palabras, sus piedras en el fondo.

En Conjuero del espejo la poeta transita un camino infinito entre el amor y la muerte, ha dejado un surco de tanto ir y venirlo, cito “nadie puede escapar al cerco blanco/ donde el amor consume/ su propia tumba”, asume y traga desencanto “nadie es fiel/ lo sabemos” y vuelve a la arena del poema, otra vez del amor a la muerte, de la muerte al amor.

Hay en sus textos un yo poético sutil pero presente, una mirada que lo abraza todo desde afuera con medio cuerpo adentro, y a la vez una voz que sabe hacerse cargo de lo que dice “estás en mi deseo de olvidarte/ en mi necio restañar puñaladas del tango/ ciegas mi lámpara con la negrura de tu árbol”.

Iliana Godoy da cita en este volumen a una poética que no se ha privado de explorar ningún camino y donde pareciera ser que nada terrenal o mundano se ha atrevido a transitar por su universo, un mundo que no cesa de girar entre el cuerpo y la naturaleza, entre la naturaleza de los cuerpos y las fuerzas del mundo, generando tensión, erotismo, una sucesión de imágenes en donde los objetos no pueden instalarse, donde lo cotidiano con sus enseres y sus cacerolas y sus santuarios de relojes, floreros, animales domésticos y sopas instantáneas no tienen puerta para entrar, sitio donde vivir. “Hay noche infinitas / en que uno elige cuidadosamente la basura/ y se viste con ella” dice la autora, en otra de sus noches infinitas la vida posa para fotografiarse en su poema del lado de la oscuridad “Dios está en la vigilia corrupta/ y protege a las ratas/ en noches andrajosas/ con la sabiduría de esquivar el golpe”.

Llego a la conclusión de que he leído un libro tan etéreo como contundente, “donde ángeles soplan su deseo a espaldas de la luz”, “lentísimos como el instante que contrae la muerte” y no me ha quedado más que placer, más que un poema dentro de otro poema

dentro de otro poema como una gran muñeca rusa, y en esa sensación fabulosa parafraseo a Iliana Godoy para cerrar diciendo: "su locura es sagrada, no la toquen"